



La configuración de la vida religiosa a partir de la renovación conciliar

Ricardo de Luis Carballada, OP

Esquema

1.- INTRODUCCION

2.- EL CAMBIO CONCILIAR Y SUS REPERCUSIONES EN LA VIDA RELIGIOSA

3.- EL TRÁNSITO DE UNA ESPIRITUALIDAD DEVOCIONAL A UNA ESPIRITUALIDAD VIVENCIAL

3.1. ESPIRITUALIDAD, GRACIA Y NATURALEZA

- a) Hacia una nueva comprensión
- b) Cambios en la reflexión teológica
- c) Liturgia y vida cotidiana

3.2. TENSIONES DE ESTE PROCESO

- a) Prácticas institucionalizadas y personalización de la espiritualidad
- b) Transformación de formas y de fondo
- c) Comunidad, acompañamiento y revisión
- d) Espiritualidad y éxodo

4.- EL TRÁNSITO DE UNA VIDA COMUNITARIA INSTITUCIONALIZADA A UNA VIDA COMUNITARIA RELACIONAL

4.1. DE LA ORGANIZACIÓN FORMAL A LA RELACIÓN INTERPERSONAL

4.2. DINAMISMO COMUNITARIO

4.3. TENSIONES DE ESTE PROCESO



- a) Comunidad e insatisfacción
- b) El desarrollo de habilidades relacionales
- c) El desdibujamiento de la finalidad religiosa de la vida en común

5.- EL TRÁNSITO DE UN COMPROMISO APOSTÓLICO DE OBRAS PROPIAS A LA APERTURA AL MUNDO

5.1. RENOVACIÓN DE LA MISIÓN

5.2. CAMBIOS SOCIO-RELIGIOSOS

5.3. TENSIONES DE ESTE PROCESO

- a) El mundo de la pobreza, una tarea pendiente
- b) Del catolicismo social a la sociedad secularizada
- c) Iniciativas pastorales ¿para quiénes?

6.- PERSPECTIVAS DE FUTURO

6.1. CRISIS, INSATISFACCIÓN Y FELICIDAD

6.2. UNA OCASIÓN PARA LA RENOVACIÓN

- a) Recuperar el sentido de nuestra consagración
- b) Revitalizar nuestra relación comunitaria
- c) Desarrollar un nuevo estilo misionero

7.-CONCLUYENDO

BIBLIOGRAFÍA

CUESTIONES PARA EL DIÁLOGO COMUNITARIO

1.- Introduccion

Estas reflexiones pretenden describir algunas de las transformaciones más importantes que han tenido lugar en la vida religiosa en los últimos cuarenta años. Pero antes de comenzar conviene realizar algunas advertencias previas.



- En primer lugar, no esperéis grandes ideas nuevas. Sólo pretendo ofrecer una mirada sistemática sobre fenómenos que todos conocemos. La sistematización nos da la oportunidad de integrar esos fenómenos en una panorámica de conjunto que evite juicios unilaterales. También nos permite valorarlos teniendo en cuenta la complejidad en la que se dan.
- En segundo lugar, esta reflexión quiere contribuir a que comprendamos mejor lo que nos sucede. Es una pretensión limitada. Con ello no vamos a cambiar de modo inmediato aquellas situaciones que consideramos insatisfactorias. Pero la comprensión de lo que nos ocurre es un primer paso. Nos ayuda a situarnos correctamente de tal modo que no nos paralice y desanime el desconcierto ante algunos hechos, no pidamos a los otros lo que no está en su mano dar y nos comprometamos desde nuestra responsabilidad individual en posibilitar cambios realizables.
- En tercer lugar, mis reflexiones tienen como objeto la vida religiosa en general y no sólo nuestras comunidades dominicanas. Como religiosos dominicos nuestra vida se encuentra condicionada por la marcha y evolución de toda la vida religiosa en el conjunto de la Iglesia. Algunos de los cambios aquí indicados tienen en nuestras comunidades una configuración propia que no he tomado en consideración.
- Mi mirada se dirige a procesos que se han iniciado hace mucho tiempo. Puede pensarse que son ya demasiado conocidos; o que después de tantos años los acontecimientos los han rebasado. Pero hemos de tener en cuenta que los procesos históricos de cambio suelen abarcar varias décadas y comprometen varias generaciones hasta que logran desarrollar todo lo que inicialmente contenían. En ese sentido, los procesos iniciados en la renovación conciliar siguen siendo activos, aunque lo sean de una manera distinta a como lo eran en la década de los años 70. Esos procesos nos afectan a todos independientemente de nuestro nivel de aceptación e implicación personal en ellos. Se trata de dinámicas eclesiales que envuelven nuestras vidas más allá de nuestra decisión particular.
- Quien escribe estas reflexiones, al igual que las generaciones más jóvenes, no ha conocido por propia experiencia el tiempo del Concilio. Algunos de nosotros pudiéramos pensar que son cosas del pasado que no afectan a nuestro presente. Me parece que no es el caso, pues esa dinámica se encuentra en la base de la vida religiosa que hoy conocemos y disfrutamos y es el origen de algunas de las tareas pendientes que los religiosos tenemos en la actualidad.

Estas páginas no pretenden ser un análisis completo y exhaustivo. Seguro que he olvidado algunos factores importantes y no he tenido en cuenta situaciones que se deberían destacar. Vuestra reflexión personal y comunitaria podrá completar esas insuficiencias.



2.- El cambio conciliar y sus repercusiones en la vida religiosa

A la hora de describir los procesos de transformación acaecidos en la vida religiosa en las últimas décadas nos tenemos que remontar al proceso de renovación impulsado por el Concilio Vaticano II. La vida religiosa actual es heredera de ese impulso. Los logros que hoy disfrutamos y las tensiones y contradicciones que padecemos tienen su origen último en el proceso de renovación conciliar.

A mi juicio los grandes cambios producidos en la vida religiosa en los años posteriores al Vaticano II pueden condensarse en estos tres:

- El paso de una espiritualidad devocional a una espiritualidad más vivencial.
- El paso de una vida comunitaria regulada predominantemente por elementos institucionales a una vida comunitaria regulada predominantemente por elementos relacionales.
- El paso de un compromiso apostólico organizado desde la dinámica de las obras propias a un compromiso apostólico de apertura y acompañamiento del mundo.

En esta la reflexión trato de describir, en primer lugar, esos cambios señalando sus rasgos principales. En un segundo momento quiero apuntar algunas de las tensiones e insuficiencias que han introducido en nuestra vida. Finalmente referiré algunas tareas pendientes que entre todos hoy tenemos que completar.

3.- El tránsito de una espiritualidad devocional a una espiritualidad vivencial

Quienes vivieron la vida religiosa antes del Concilio suelen recordar que entonces el tiempo dedicado a los rezos ocupaba mucho más espacio que en la actualidad. Hoy día la liturgia de las horas se ha simplificado y nuestros compromisos apostólicos concentran la mayor parte del tiempo de nuestra jornada. El resultado es que la vida litúrgica tiene menor espacio en la distribución de nuestro tiempo que lo tenía en décadas anteriores. El cambio, como se ha indicado, es producto de una liturgia más simplificada y de una mayor dedicación al compromiso apostólico. Pero también lo es de una manera distinta de entender la espiritualidad. Es este último factor en el que me voy a detener.

Por espiritualidad cristiana entiendo la forma concreta de vivir nuestra relación con Dios a partir del encuentro con Jesucristo. La espiritualidad como forma de vida, como manera de vivir nuestra relación con Dios, depende, a su vez, de cómo entendamos el modo de relación que Dios tiene con nosotros. Dicho con el lenguaje técnico de la



teología, depende del modo de entender las relaciones entre la naturaleza y la gracia. Se puede decir que en la base de cada estilo espiritual se encuentra, condicionándolo, un modo diferente de entender las relaciones entre la gracia y la naturaleza.

3.1. Espiritualidad, gracia y naturaleza

Con anterioridad al Concilio, gracia y naturaleza eran mayoritariamente entendidas como dos ámbitos de realidad que transcurrían en paralelo. Formaban dos realidades completamente distintas y separadas, y apenas se tenía en cuenta su implicación mutua. Por eso, la relación de Dios con el ser humano era presentada al modo de una yuxtaposición. Las realidades divinas se superimponían a la naturaleza humana, se agregaban a la existencia, pero no parecía que entraran en relación profunda con los dinamismos de esa existencia.

Con frecuencia incluso se llegaba a presentar a Dios como aquel que se contraponía a los dinamismos de la vida humana. Éstos a su vez eran vistos como fuente de oscuridad y de pecado. Por eso, la relación con Dios y la vida espiritual no dejaban sitio a ninguno de esos dinamismos y transcurrían al margen de ellos. Puesto que Dios y la vida divina se presentaban como lo totalmente contrapuesto a los deseos naturales, la vida espiritual consistía precisamente en negar las tendencias de nuestra naturaleza. Se podría decir que se trataba de una espiritualidad predominantemente ascética y de un ascetismo en el que se acentuaba la ruptura, la discontinuidad, e incluso la contraposición entre Dios y lo humano.

En este contexto, la relación con Dios tenía lugar en una esfera particular y apartada de la vida cotidiana. Era la esfera del culto litúrgico y de las prácticas devocionales, que en la vida religiosa ocupaban un espacio temporal muy grande. La razón que justificaba esta situación es clara: por la consagración religiosa los religiosos concentramos todas las dimensiones de nuestra vida en la relación con Dios. Puesto que esa relación acontece casi exclusivamente en el culto, es lógico que éste abarcara gran parte del tiempo de la jornada.

3.1.1. Hacia una nueva comprensión

Esa espiritualidad descrita anteriormente va a cambiar en los tiempos próximos al Concilio. Uno de los debates más importantes de la teología inmediatamente anterior al Concilio tenía precisamente como objeto las relaciones entre la naturaleza y la gracia. Toda la polémica en torno al llamado sobrenatural, la discusión sobre la *nouvelle theologie*, el debate en torno a la obra *Sobrenatural* de De Lubac, la influencia del llamado método de la inmanencia de Blondel, la crisis modernista, son aspectos y variaciones del gran tema teológico de aquella época que era el de las relaciones entre naturaleza/gracia; el del modo de entender la relación de Dios con nosotros. Más allá de la polémica teológica, las nuevas concepciones que despuntaban era expresión de un deseo por entender la relación entre Dios y el ser humano de un modo distinto al de la ruptura y contraposición total. Por supuesto que tampoco se trataba de disolver la realidad de Dios en los sentimientos o deseos de la subjetividad. Lo que se pretendía era hacer valer en el conjunto de la vida cristiana que el ser humano, porque es imagen de



Dios, se encuentra siempre en relación con Dios. Esta relación no se establece desde el exterior sino que brota de lo más profundo de la existencia. Si Dios es el fundamento último de la vida humana su presencia también alcanza y toca la esfera de los sentimientos, de la afectividad, de los deseos y pasiones, de los conflictos históricos, de los anhelos..., en definitiva todo lo que compone la vida humana. Es en todas esas dimensiones de la existencia donde se establece la relación con Dios.

3.1.2. Cambios en la reflexión teológica

Esta visión fundamental, (que en el lenguaje técnico de la teología es una parte del llamado “giro antropológico” de la teología contemporánea) fue profundizada por la renovación que también tendrá lugar en otros campos de la teología. La cristología ponía de manifiesto que el hecho de la encarnación de Dios significa precisamente que la humanidad es el lugar de encuentro entre lo divino y lo humano; que la existencia humana en toda su densidad es la parte central de la gramática divina con la que Dios se comunica. La renovación de los estudios patristicos mostraba que la espiritualidad de los Padres es una espiritualidad salvífico-cósmica en la que la realidad humana por entero se incorpora a la vida divina. La renovación del tomismo, impulsada por los dominicos franceses, recordaba que en el pensamiento de Sto. Tomás lo sobrenatural es el fin último de la naturaleza humana, y por tanto, no es un fin exterior y añadido a esa naturaleza, sino su impulso y realidad primera.

El cambio que produjo esta nueva visión de las relaciones gracia/naturaleza fue grande y tuvo repercusiones en todas las dimensiones de la vida cristiana. La vida de fe, el modo de entender la relación con el mundo, los métodos pastorales y catequéticos se vieron influidos por la nueva comprensión. La reforma litúrgica también encuentra en ella uno de sus principales motivos impulsores.

3.1.3. Liturgia y vida cotidiana

Una de las características principales de la reforma litúrgica del Concilio se encuentra en lo que algunos denominan la “desacralización del culto cristiano”. Con ello se entiende el intento de superar la separación radical entre culto y vida cotidiana, entre liturgia y existencia. En correspondencia con una comprensión de las relaciones naturaleza/gracia a modo de ruptura y separación radical se encontraba una comprensión del culto y de la liturgia como ámbito específico, propio, y sin apenas relación con las condiciones de la existencia. La reforma litúrgica perseguía precisamente configurar la liturgia cristiana de tal modo que fuera visible la relación de continuidad entre liturgia y existencia. Su fundamento teológico y espiritual se encuentra en la nueva manera de entender las relaciones naturaleza/gracia que hemos descrito. Si Dios se encuentra presente en la vida humana es esa vida el lugar en el que tiene que surgir la relación con Él y no en un ámbito cerrado a las condiciones concretas de la vida humana. La liturgia no puede ser un ámbito separado de la vida, sino que se encuentra remitida a ella en un doble movimiento de ida y vuelta. En primer lugar, procede de la vida humana y su función es la de representar simbólicamente el núcleo divino que late en esa vida para que sea percibido con más nitidez. Por otra parte, la liturgia termina en la vida, pues lo



representado simbólicamente lo es para fortalecer la existencia individual en la que se prolonga más allá de la celebración.

Concluyendo, se puede decir que la renovación conciliar impulsa un desplazamiento de la relación con Dios del ámbito cultural al ámbito existencial. Es toda la vida humana el lugar en el que se establece la relación con Dios y no sólo el ámbito del culto religioso y de las prácticas devocionales. Disminuye el tiempo dedicado a ellas en la jornada, pero su sentido se extiende a la vida entera. Con una expresión gráfica, aunque juega con una contraposición facilona, podemos decir que se tiene menos tiempo de vida litúrgica porque de lo que se trata es de convertir toda la vida en liturgia, siendo la celebración un modo de expresar y reforzar esa vida.

Quienes vivieron la época anterior al Concilio quizás puedan pensar que esta descripción es una caricatura que no hace justicia a los hechos. También pueden recibir la impresión que aquí se insinúa que las personas que vivieron entonces no tenían vivencia religiosa. No es esta mi pretensión y mucho menos mi convicción. No pretendo juzgar la vida ni la intensidad de fe de aquellas personas. Simplemente se trata de describir la forma dominante en la que aquella vida y aquella fe tenían lugar. Y esa forma es resultado de un determinado planteamiento teológico, que es lo que aquí trato de analizar. Para mí es incuestionable que las formas de espiritualidad del pasado, (que en cuanto formas, y juzgadas desde nuestro presente, tienen determinadas insuficiencias), no impedían que las personas que vivían su espiritualidad bajo esas formas tuvieran una auténtica relación con Dios. Es claro que esas formas, que hoy juzgo insuficientes, sirvieron para canalizar la vocación e impulsar la vida de entrega de muchas personas de modo ejemplar. Así lo he percibido siempre en la vida de muchos frailes y con algunos de ellos, con los cuales he vivido en la misma comunidad, lo he podido corroborar viendo como viven.

3.2. Tensiones de este proceso

Esta espiritualidad de la vivencia, de la que hoy todos participamos nos identifiquemos más o menos con la descripción aquí presentada, realizó una aportación muy positiva a la vida religiosa.

3.2.1. Prácticas institucionalizadas y personalización de la espiritualidad

Unida a otros impulsos de renovación como la centralidad cristológica y la vuelta a las fuentes, la espiritualidad de la vivencia sirvió para recuperar lo que se viene llamando la dimensión carismática de la vida religiosa. Nuestra vida es en su origen una obra del Espíritu y como tal es una realidad viva, dinámica y abierta. Llama más al compromiso personal de nuestra existencia que al cumplimiento de determinadas prácticas institucionales, aunque éstas también sean importantes y no deban ser descuidadas.

La relación con Dios, la vida espiritual, se comenzó a entender de modo más personalizado. Conceptos antes poco frecuentes como “vivencia religiosa”, “experiencia de Dios”, “personalización de la fe” se convirtieron en términos centrales. Cambió el



modo de expresar la vida de fe y se enriqueció la vida espiritual. Se dio entrada en la liturgia y en las expresiones oracionales a los sentimientos, los deseos, la vida afectiva, los fracasos y reveses personales, los conflictos de la historia, las esperanzas del mundo... Todo ello expresa que el mensaje de Jesús pretende una nueva configuración de nuestra existencia. Pero no al margen de nuestros dinamismos humanos más básicos, sino reorientando y reconduciendo esos mismos dinamismos.

Pero este proceso también generó tensiones. Quiero apuntar algunas de ellas que me parece que se encuentran en el centro de nuestras dificultades presentes.

3.2.2. Transformación de formas y de fondo

En primer lugar, la renovación conciliar no perseguía solamente un cambio de formas y estilos en la vida de la Iglesia. Pretendía la renovación profunda de la vida cristiana. Aquella solamente puede conseguirse provocando una nueva mentalidad y nuevas actitudes. Aquí el Concilio encontró una de sus mayores dificultades. No fue difícil cambiar la forma de la liturgia, la disposición interna de las iglesias, el estilo de vestir de clérigos y religiosos, algunos comportamientos de la Iglesia. Pero es más difícil generar una nueva mentalidad. En mi opinión una de las dificultades más grandes que la vida religiosa tiene en la actualidad se encuentra en este punto. Prácticamente la totalidad de las comunidades religiosas han asumido los principios de la renovación conciliar en sus aspectos formales y externos, pero no se han asumido totalmente en su sentido más profundo. De este modo se puede dar la contradicción de comunidades y personas que viven una vida religiosa renovada en sus aspectos formales pero que en su comprensión de la fe conservan muchos elementos de la concepción anterior. En otros casos, esos elementos han desaparecido pero no se han incorporado los de la nueva concepción en su sentido más profundo.

3.2.3. Comunidad, acompañamiento y revisión

Una espiritualidad vivencial va unida al compromiso personal. Si es toda nuestra vida y existencia la que se implica en la relación con Dios, esa relación no se puede alcanzar sin la participación de cada uno, sin la atención continua a nuestra vida y sin el empeño diario en que Dios y el evangelio de Jesús avancen cada día más por las sendas de nuestra biografía. Para ello es necesario ascetismo, disciplina y también instrumentos comunitarios que animen, revisen y evalúen el compromiso personal. Aquí se encuentra, también en mi opinión, una de las dificultades actuales. La comunidad solamente podrá acompañar el compromiso personal si estamos dispuestos a abrir a los demás nuestro interior en un ejercicio de confianza y sinceridad que normalmente está por encima del nivel relacional que mantenemos en nuestras comunidades. Por otra parte, no hemos sido capaces de generar espacios de diálogo y encuentro comunitario en los que este acompañamiento y revisión puedan tener lugar. Diversos capítulos de la Orden han hablado e intentado introducir en la vida de nuestras comunidades los “coloquios comunitarios”, como espacios de encuentro diferentes al capítulo conventual y a la conversación informal de nuestros encuentros cotidianos. Pero en la práctica comunitaria apenas tienen lugar esos coloquios.



3.2.4. Espiritualidad y éxodo

La espiritualidad de la vivencia es una espiritualidad dinámica, que solamente puede ser afrontada desde una vida vivida como proceso, cambio, o dicho bíblicamente, éxodo y peregrinaje permanente. Todo ello es una actitud mental pero también pasa por abrirnos a cambios de comunidad, de trabajo y actividad, cuando percibamos honestamente que nuestra vida se estanca. Con mucha frecuencia la costumbre, los vínculos a lugares y personas, proyectos individuales de trabajo o actividad, nos paralizan a la hora de iniciar en nuestra vida esos cambios que nos permitan avanzar.

El resultado de este proceso es lo que hoy vivimos. Todos somos conscientes de la centralidad de la vida espiritual si queremos reactivar nuestra vida religiosa pero también todos percibimos su insuficiencia en nuestras vidas. Y no acabamos de encontrar formas institucionales que canalicen esos deseos de vivencia.

4.- El tránsito de una vida comunitaria institucionalizada a una vida comunitaria relacional

En relación con lo anterior hay que entender los cambios acaecidos en nuestra vida comunitaria. La centralidad de la vivencia en la espiritualidad se prolonga en el ámbito comunitario. De este modo, de una vida en común regulada fundamentalmente por elementos institucionales y formales se pasa a una vida en común en la que cada vez tienen más importancia los elementos relacionales.

4.1. De la organización formal a la relación interpersonal

En la forma de vida religiosa anterior al Concilio la vida en común estaba organizada casi exclusivamente por elementos institucionales. La distribución de la jornada, los momentos de encuentro y de diálogo, aquello que se esperaba de cada uno de sus miembros, estaba claramente establecido por disposiciones y reglas que apenas admitían modificación. Fuera de esos momentos establecidos era escasa la interacción personal entre los miembros de la comunidad. En la relación interpersonal era importante mantener una determinada distancia (el trato era de usted, la intimidad y los sentimientos apenas se exteriorizaban). Junto a estos elementos hay que tener en cuenta que las comunidades eran mucho más numerosas y por consiguiente la comunicación interpersonal entre todos resultaba más difícil. Y además las posibilidades de conversación eran bastante más reducidas que en la actualidad ya que determinados momentos propicios para la comunicación, como las comidas, solían transcurrir escuchando una lectura o en silencio.

Como he indicado, en la renovación conciliar del pensamiento cristiano los contenidos de la vida de fe son puestos en relación con la experiencia humana. De este modo la vida común es entendida sobre todo como una cuestión de relación interpersonal. No se trata sólo de vivir junto a otros o entre otros, sino vivir con otros, teniendo en cuenta que este



“con” significa vivir en comunión, lo cual conlleva entablar vínculos con los demás, relacionarse con otros. Esa relación abarca desde elementos de apoyo mutuo a todos los niveles, pasando por el diálogo, por intercambiar sentimientos y vivencias, y termina en la unión que procede de compartir el mismo proyecto de Jesús.

4.2. Dinamismo comunitario

La centralidad del elemento relacional proyecta sobre la comunidad una luz en la que ésta resulta ser ante todo una realidad dinámica, en proceso constante de construcción y edificación. La comunidad es vista como un organismo vivo, como un ecosistema o nicho ecológico en palabras de Timothy Radcliffe, y cuya configuración depende del compromiso de sus miembros con la marcha común. Por eso, la integración comunitaria no significa incorporarse a una realidad hecha, sino participar en la construcción de un espacio común de vida en permanente transformación. En esta concepción de comunidad resulta central el concepto de participación y de corresponsabilidad. Las comunidades han ampliado los espacios de participación de sus miembros. Las decisiones se adoptan con la implicación de todos tras intercambiar perspectivas y tratando de alcanzar acuerdos que sean capaces de integrar los puntos de vista plurales de los miembros de la comunidad. Junto a ello, aumentan los momentos y las posibilidades de encuentro y diálogo interpersonal. También se amplía el contenido de esa comunicación que incluye determinados niveles de intimidad y comprende los sentimientos y la experiencia religiosa.

Concluyendo podemos decir que en la actualidad afrontamos nuestra vida en común dando mucha importancia a todos los elementos de la relación interpersonal. Esta perspectiva hace que entendamos nuestra comunidad como una realidad dinámica, en proceso de continua construcción, lo que exige la participación y colaboración de sus miembros.

4.3. Tensiones de este proceso

Una vida común centrada en elementos relacionales es una vida común más rica y humanizada pero es también una vida en común más conflictiva. Las comunidades organizadas sobre todo por elementos institucionales eran comunidades con menos tensiones personales, con menos dificultades en la relación, con menos conflictos. Había menos ocasión para contrastar pareceres y por tanto para disentir. Había menos ocasión para el contacto y por tanto también se eliminaba la posibilidad del roce. No había que decidir juntos sobre la mayoría de los aspectos de la vida y por consiguiente no había lugar a la diferencia de posturas. En la actualidad nuestra vida común es una vida más conflictiva porque es una vida más relacional.

4.3.1. Comunidad e insatisfacción

Una de las consecuencias de esta situación es que se incrementan los niveles de insatisfacción comunitaria. Todos percibimos que en nuestras comunidades hay momentos de desencuentro, de discusión e incluso de enfados, que dañan la relación interpersonal durante mucho tiempo y que a todos hacen sufrir. Por otra parte, la



centralidad de la relación acrecienta nuestras expectativas respecto a la comunidad. Vivimos en un mundo muy sensible a la dimensión relacional y muy necesitado de ella. En este contexto todos esperamos que nuestra comunidad nos apoye, reconozca nuestro trabajo y nuestras capacidades, exprese explícitamente la acogida y el cariño hacia nuestra persona. Pero en todo grupo humano siempre existe una desproporción entre lo que el individuo espera del grupo y lo que el grupo le otorga, ya que no todos tenemos la misma sensibilidad y no todos sabemos apreciar las mismas cosas. Si somos sinceros tenemos que reconocer que casi siempre esperamos de nuestra comunidad más reconocimiento y aprecio del que recibimos. O en otras ocasiones detectamos cierta desproporción entre los niveles individuales de compromiso evangélico y los niveles comunitarios. Dicho de otro modo, algunas personas se sienten defraudadas porque la comunidad no sabe o no puede expresar determinados aspectos del compromiso con el evangelio que son importantes para ellos. Esa desproporción, unida a las dificultades en la relación, provoca sentimientos de insatisfacción respecto a la comunidad en la que uno vive y que pueden ser vividos desde la resignación, la decepción, o también pueden ser integradas en la experiencia de fe que nos hace ver que todos somos pecadores y limitados pero también capaces de ser transformados por la fuerza de Dios.

De los muchos síntomas de la situación comunitaria que vengo tratando, quiero detenerme sobre todo en estos dos: la necesidad de dotarnos de habilidades relacionales y la importancia de evitar el desdibujamiento de la finalidad religiosa de la vida en común.

4.3.2. El desarrollo de habilidades relacionales

Una vida en común fundamentalmente relacional exige el desarrollo de determinadas habilidades relacionales para las que no siempre hemos sido educados y que no siempre desarrollamos convenientemente. La convivencia interpersonal es siempre difícil y si esta convivencia, como en nuestro caso, es extensa en el tiempo e intensa en el contenido, las posibilidades de conflicto aumentan. La relación interpersonal y la resolución de los conflictos comunitarios exigen de cada uno de los miembros de la comunidad el desarrollo de la capacidad de diálogo, de comprensión, de generosidad de espíritu, de perdonar... A las generaciones de más edad les resulta difícil, y en ocasiones no ven la necesidad, de comunicar sentimientos, de expresar la afectividad, de intercambiar nuestras experiencias de Dios. A las generaciones más jóvenes, educadas en una cultura más individualista, les resulta más difícil estrechar lazos de auténtica y real implicación interpersonal con la vida de los otros miembros de la comunidad.

4.3.3. El desdibujamiento de la finalidad religiosa de la vida en común

La segunda dificultad procede del desdibujamiento de la finalidad religiosa de la vida en común. El acento en la dimensión relacional puede hacernos olvidar o relegar a un segundo plano el sentido cristiano de la vida en común. Hoy insistimos con razón en la comunidad como ámbito de encuentro, acogida y apoyo. Todo eso es cierto. Pero no podemos olvidar el motivo último de nuestra vida en común. No vivimos juntos sólo para tener compañía y reconocimiento. Vivimos en comunidad porque es el modo de



vivir la fe cristiana. Al Dios de Jesús solamente es posible encontrarle y vivirle desde la fe compartida. El fin de la comunidad es constituir un marco de apoyo, vivencia y crecimiento de la fe de sus miembros. La comunidad nos tiene que ayudar en la profundización de nuestra vocación. Y tiene que constituir un marco de acogida y celebración de la palabra de Dios, de experimentación de la fraternidad eucarística, del perdón y la reconciliación. Me parece que junto a las habilidades relacionales, la dimensión religiosa de nuestra vida en común es una de las mayores insuficiencias del presente. No me refiero a los actos específicamente religiosos que una comunidad puede programar. Se trata de preguntarnos si la perspectiva fundamental con la que entendemos nuestra vida común y nos relacionamos con los demás procede de entender que la comunidad tiene que ser sobre todo un espacio de vida evangélica, y tiene que servir a que cada uno de sus miembros profundice en el camino de su vocación.

5.- El tránsito de un compromiso apostólico de obras propias a la apertura al mundo

En relación con el primer cambio también hay que entender la apertura de la Iglesia al mundo, a sus procesos y problemas. Si la teología y la espiritualidad conciliar ponen en el centro de sus preocupaciones la relación de la fe con la vida del ser humano, esa vida está siempre situada en un contexto. Por eso la apertura a la vida de las personas se realiza en la apertura al contexto en el que esas personas viven. La teología y la espiritualidad conciliar impulsaron la apertura de la fe a distintas realidades humanas: el mundo del trabajo y la realidad económica, las diversas culturas, la problemática de los pobres, de las minorías culturales, de la mujer.... De esa apertura surgieron impulsos apostólicos e iniciativas pastorales nuevas en las que se intentaba adaptar la manera de transmitir el contenido del evangelio a los contextos en los que las personas vivían. De este modo surgieron las diferentes pastorales específicas: pastoral obrera, pastoral juvenil, de enfermos, etc.

5.1. Renovación de la misión

Esa apertura al mundo y a sus problemas renovó la misión de la Iglesia y también de la vida religiosa. A partir de ella se inició un proceso de cambio en las instituciones apostólicas y en el modo de desarrollar la evangelización. Además, la apertura nos hizo caer en la cuenta de que la Iglesia se encontraba bastante alejada de las condiciones de vida de los grupos sociales más desfavorecidos económicamente. Cuando la Iglesia tenía contacto con estos grupos lo era en un nivel meramente asistencialista, es decir, se intentaba paliar algunas de sus necesidades pero no se les consideraba interlocutores activos. En la Iglesia surgieron movimientos que indicaban el sentido evangélico de vivir entre los pobres dando lugar a un movimiento de acercamiento a los barrios, a los trabajadores, a los marginados.



5.2. Cambios socio-religiosos

Por otra parte, hay que tener en cuenta que el contexto social en el que se desarrollaba la vida religiosa estaba cambiando profundamente en los años en los que se celebraba el Concilio. Desde el punto de vista de la sociología religiosa, en toda Europa se iniciaba el proceso de decadencia del llamado catolicismo social (también designado con los términos de “cristiandad” o “religión de medio social”). La Iglesia antes del Concilio vivía en Europa en sociedades culturalmente católicas. La religión ocupaba un papel central en la vida de las sociedades, lo que se expresaba a través de una amplia presencia institucional (escuelas, hospitales, hogares, residencias, centros juveniles de tiempo libre, periódicos, revistas, emisoras de radio, etc.). Mucha de esta presencia institucional estaba sostenida por religiosos. La vida religiosa entendía su misión como la aportación que cada congregación y comunidad realizaba en el sostenimiento de un entorno social católico. Con el paso del tiempo muchas de estas actividades fueron asumidas por el Estado y dejaron de ser actividades exclusivas de la Iglesia. Otras seguían mantenidas por religiosos pero el centro de la actividad recaía más sobre su funcionalidad social que sobre la dimensión religiosa, lo que condujo a que muchos se preguntaran por el sentido de mantener esas instituciones.

Muchos religiosos, (si queremos ser justos y precisos, tenemos que decir muchas religiosas y algunos religiosos) desplazaron los lugares de sus comunidades, abandonando grandes instituciones y dando paso a comunidades pequeñas, ubicadas en barriadas, y con una proximidad mayor a las condiciones de vida de la gente. Y todos caímos en la cuenta de que en el trabajo pastoral no se trata tanto de esperar que las personas acudan a nuestras instituciones sino de acercarnos nosotros a sus condiciones de vida.

Concluyendo, el proceso de renovación conciliar impulsó la apertura de la Iglesia al mundo y a las condiciones de vida de la gente. La labor de evangelización se desarrolla atendiendo a esas condiciones de vida. Esto nos exige abrir nuestras instituciones pastorales a los problemas del mundo. De todos esos problemas el más importante es el de la pobreza en la que vive la mayoría de la humanidad.

5.3. Tensiones de este proceso

El proceso de apertura de la Iglesia al mundo también fue positivo. Nos hizo más conscientes del sentido de la misión cristiana y nos acercó a las condiciones de vida de la población. Y los religiosos y las religiosas podemos decir sin engreimiento, pero también con satisfacción, que en la Iglesia actual somos en general uno de los colectivos eclesiales más abiertos y más cercanos a la vida de la gente. Pero este reto también plantea tensiones.

5.3.1. El mundo de la pobreza, una tarea pendiente

Por una parte apareció como una exigencia de la vocación cristiana y una dimensión de nuestro voto de pobreza la cercanía a los pobres. Es cierto que la vida religiosa en general ha dado pasos en este sentido. Pero también es cierto que sigue



siendo una dimensión pendiente en el que tenemos todavía mucho que avanzar. Hoy todos somos más sensibles a las diferentes situaciones de pobreza de nuestro mundo, y reconocemos que la evangelización tiene que ver con la superación de la injusticia y de la enorme desigualdad económica que existe entre los países del norte y los del sur. Pero si somos honestos tenemos que reconocer que ni en nuestro estilo de vida ni en nuestro trabajo pastoral tenemos siempre en el centro de nuestros intereses y preocupaciones el problema de la pobreza y de la injusticia en el mundo, que no es exagerado decir que es el auténtico escándalo moral de nuestra época.

5.3.2. Del catolicismo social a la sociedad secularizada

Por otra parte, las condiciones sociales de la evangelización han cambiado mucho en las últimas décadas. Del catolicismo social se ha pasado a la secularización creciente. Esto pone a la Iglesia en situación de misión. En las reflexiones de los últimos años decíamos que nuestro trabajo pastoral debía ser un trabajo evangelizador. Por tal entendíamos los esfuerzos para que personas, que tenían un primer contacto con el mensaje cristiano y que se identificaban con él, descubrieran y vivieran todos los aspectos del compromiso evangélico. En la actualidad las condiciones socio-religiosas han cambiado mucho. Hoy día nos encontramos con muchas personas que apenas han tenido contacto con el mensaje cristiano. Ya no se trata de profundizar en el camino del evangelio sino de iniciar en ese camino a personas que lo desconocen casi por completo. Algunas conferencias episcopales europeas, como la francesa y la alemana, ya han comenzado a reflexionar sobre las exigencias y las formas institucionales que tiene que desarrollar una Iglesia misionera. Estoy convencido que en las próximas décadas esta reflexión se extenderá a todas las Iglesias de Europa Occidental. El reto de estas Iglesias va a consistir en saber desarrollar instituciones, actividades y métodos de evangelización auténticamente misioneros. Me parece que, por muy familiarizados que estemos con el concepto de misión, sus exigencias son un camino nuevo y desconocido para todos nosotros en el que tendremos que aprender siguiendo el método de ensayo-error. Es decir, probando con tentativas nuevas que profundizaremos o desecharemos en función de los resultados obtenidos. Esas nuevas iniciativas tienen que ser desarrolladas con imaginación y valentía.

5.3.3. Iniciativas pastorales ¿para quiénes?

Quiero poner dos ejemplos de intentos de acercar el mensaje cristiano a lo que la gente vive. No tiene más valor que ejemplificar la creatividad e imaginación pastoral y no pretendo decir que tengamos que copiar esas iniciativas para nuestras iglesias o lugares de trabajo pastoral. En algunos lugares se ofrecen a los jóvenes una celebración del amor cristiano el día de San Valentín. Durante todo el día la iglesia permanece abierta. Suena la música y se reparten y se leen textos sobre el amor y el modo cristiano de entender el amor. Al finalizar la tarde en una celebración, las jóvenes parejas se prometen amor y reciben una bendición. En otra diócesis el obispo del lugar ofrece desde hace años a los jóvenes una celebración cristiana de despedida del año en la noche del día 31 de diciembre. Todos los años esa catedral se llena de jóvenes que antes de acudir a los lugares en los que van a celebrar la fiesta de fin de año, oran y dan gracias a Dios por el tiempo de la vida.



Creo no exagerar si digo que la mayoría de nuestras iniciativas pastorales están concebidas para una sociedad que ya no existe. Responden más al contexto de una sociedad cristiana que al de una sociedad que ha dejado de serlo. El camino para desarrollar esas nuevas iniciativas pastorales no es otro que el atender las necesidades espirituales de nuestra cultura. Aunque nos parezca que vivimos una sociedad secularizada hay muchas personas sensibles a la dimensión espiritual de la existencia y en búsqueda de dimensiones profundas para su vida. El problema es que muchas de las iniciativas de la Iglesia o no alcanzan a esas personas o no se corresponden con sus necesidades e inquietudes.

A la hora de indicar algunas dificultades principales del momento presente habría que resaltar fundamentalmente éstas dos:

- En una sociedad secularizada y en una Iglesia en situación de misión ya no se trata sólo de atender las necesidades religiosas de la mayoría de la población. De lo que se trata sobre todo es de provocar la sed de Dios, de abrir a las personas al encuentro y la relación con un Dios, que para muchos es un gran desconocido. Esta tarea supone reelaborar el lenguaje con el que transmitimos el mensaje del evangelio y desarrollar iniciativas institucionales que permitan que nos encontremos con grupos de personas que apenas han tenido noticia del mensaje cristiano.
- En un mundo injusto en el que la mayoría de la humanidad no tiene las mínimas condiciones de un vida digna, aunque el desarrollo tecnológico y económico de la humanidad lo haría posible con facilidad, una de las tareas centrales de la evangelización es la solidaridad y el alumbramiento de un mundo más justo y equilibrado. Por otra parte, en las sociedades desarrolladas nuestras condiciones de vida dan lugar a conflictos y problemas que generan mucho sufrimiento humano: grupos que parecen estar de más para el sistema productivo (ancianos, discapacitados, segmentos de población rural, etc.), personas fracasadas en su labor profesional y en sus relaciones afectivas, afectados por diversas enfermedades y síndromes de dependencia. La autenticidad de nuestra experiencia de Dios colectiva se pone a prueba en nuestra capacidad por desarrollar iniciativas concretas de compasión y atención a esos colectivos.

6.- Perspectivas de futuro

Si realizáramos una radiografía de la vida religiosa actual diríamos que es una vida institucionalmente en crisis, pero vitalmente serena y razonablemente contenta con la vocación que vive. Está en crisis a causa del envejecimiento, la falta de vocaciones y la reorientación institucional. Pero si analizamos el nivel de satisfacción de las personas nos llevaríamos una sorpresa.



6.1. Crisis, insatisfacción y felicidad

Hace algunos años uno de los mejores pastoralistas europeos, el austriaco Paul Zulehner, dirigió un estudio estadístico en el que se trataba de investigar cuál era el nivel de satisfacción del clero centroeuropeo. Los resultados fueron sorprendentes. Los responsables del estudio lo habían realizado bajo la hipótesis de que en la actual situación de la Iglesia cabía esperar que los sacerdotes vivieran su vocación con enormes niveles de frustración. Los resultados decían, sin embargo, que la mayoría de ellos vivía su vocación con unos niveles razonables de felicidad y la mayoría afirmaba que volvería a elegir la forma de vida que desarrollaba. Creo yo que si hiciéramos un estudio parecido en nuestros conventos los resultados serían similares. Quitando casos aislados, la mayoría de los religiosos no vivimos la situación actual desde el desencanto, ni entendemos nuestra vida como fracasada o perdida. Somos conscientes de las dificultades, pero todos reconocemos que este modo de vida ha sido bueno para nosotros y nos ha hecho mejores personas.

Junto a este tono vital predominantemente satisfecho, tenemos también que reconocer que en nuestra vida habitan zonas de insatisfacción. Detectamos falta de radicalidad en nuestro compromiso evangélico, nuestras comunidades no son tan vivas y relacionales como debieran, no constituyen el espacio fraterno de maduración evangélica que cabría esperar. También nos falta creatividad y vitalidad apostólica.

6.2. Una ocasión para la renovación

La situación presente es una ocasión para la renovación porque nos empuja a volver a lo fundamental de nuestra vida. Hoy se habla en la vida religiosa de refundación. Más allá de los términos en los que actualmente se articula la reflexión sobre la vida religiosa, (que personalmente me resultan grandilocuentes y pretenciosos), con ello se expresa una llamada a la renovación que tenemos que escuchar. Me parece que esta renovación no se puede hacer desde puntos de partida radicalmente nuevos, sino profundizando y avanzando en las transformaciones iniciadas. En mi opinión el movimiento de renovación del Vaticano II no tiene vuelta atrás. Aunque no se haya realizado todo lo que contenía, ha apuntado a la Iglesia una dirección que no tiene punto de retorno.

Los cambios introducidos por el Vaticano II no tienen punto de retorno. Pero tampoco han sido terminados. Tienen que ser profundizados y desarrollados en la nueva situación en la que nos encontramos. En mi opinión tenemos que avanzar sobre todo en los siguientes aspectos

6.2.1. Recuperar el sentido de nuestra consagración.

Necesitamos pensar y revitalizar el sentido de nuestra vocación poniéndola en relación con nuestra aspiración de realización humana. El proyecto cristiano es un proyecto de plenitud humana. Algunos religiosos cuando hablan de su vida o de su comunidad solamente destacan carencias, límites, conflictos. Me pregunto ¿cómo pueden esperar que la vida religiosa presentada de esa manera pueda interesar a los jóvenes? A



pesar de las deficiencias, nuestra vida religiosa, nuestra relación con Dios a partir del encuentro con Jesús, nos ha hecho a todos mejores personas. Por eso estamos contentos con el estilo de vida que llevamos. Para profundizar en este camino puede ayudarnos reflexionar cada día en qué aspectos concretos nuestro compromiso con el evangelio nos hace más libres, más sensibles, más comunicativos, más misericordiosos y comprensivos..., en definitiva más humanos.

6.2.2. Revitalizar nuestra relación comunitaria

Tenemos que seguir la senda del Concilio haciendo nuestras comunidades más relacionales y poniendo esa relación al servicio de la construcción común de nuestra vocación. Alguien dice que hoy hacen falta lugares de vida del evangelio y no tanto mensajes y discursos. Nuestras comunidades dirán algo al mundo si son espacios de vida evangélica, lugares de acogida común del evangelio. Tenemos que poner en el centro de nuestras preocupaciones comunitarias el interés por construir entre todos un ambiente que ayude a madurar en la vocación personal.

6.2.3. Desarrollar un nuevo estilo misionero

Entiendo que la novedad del estilo misionero consiste en no tener miedo a preguntarse por las necesidades de nuestro tiempo y adaptar las iniciativas catequéticas y celebrativas a las nuevas condiciones culturales en las que vivimos, aunque eso suponga abandonar otras iniciativas y prácticas que veníamos repitiendo desde hace muchos años. Estoy convencido que nuestro futuro no depende tanto de la habilidad y fuerza por mantener y sostener iniciativas que veníamos desarrollando hasta ahora, cuanto de la creatividad y el valor para innovar nuevas iniciativas pastorales.

7.-Concluyendo

En el fondo se trata volver a entusiasrnos con nuestra vocación. Un día Dios nos llamó. Le dijimos sí. La mayoría, si no todos nosotros, volveríamos a repetir el sentido de nuestra respuesta. Pero tenemos que tener en cuenta que si la llamada de Dios permanece y nuestra respuesta también, no permanece el día en el que esa llamada sonó y fue respondida. Hoy vivimos otro día, con otras necesidades y configuraciones. Nuestra tarea es descubrir el sentido que la llamada de Dios tiene hoy y las exigencias que hoy conlleva nuestra respuesta. Como dice un estudioso de la vida religiosa, en la actualidad nos encontramos en la encrucijada de elegir entre administrar nuestra decadencia o poner las bases de una renovación para el futuro. Que sigamos uno u otro camino depende de los otros, pero depende sobre todo de lo que cada uno de nosotros haga y aporte.



8.- Bibliografía

- ESPEJA, Jesús, *Un itinerario en la Iglesia*. San Esteban, Salamanca, 2002.

En esta obra Espeja presenta la evolución que él personalmente vivió en la vida religiosa y su paso por distintos modos de comunidad religiosa. A partir de ello ofrece una reflexión sobre la evolución de la vida religiosa tras el Concilio.

- GARCÍA, José Antonio “Llamados, convocados, enviados...¿Qué vida religiosa y para qué misión?”, en *Sal Terrae* 92 (2004) 945-957.
- IGLESIAS, Ignacio, *Preguntas a la vida consagrada*, Mensajero, Bilbao 2000,
- MARTÍNEZ, Felicísimo. *Situación actual y desafíos de la vida religiosa*. Frontera Hegian 44. Vitoria 2004.

Es uno de los autores que ha puesto en circulación en nuestro país el concepto de “refundación”. Felicísimo insiste continuamente en la necesaria renovación de nuestra vida que como religiosos tenemos que acometer.

- ZULEHNER, Paul M “Los religiosos bendición para el mundo”, en *Vida Religiosa* 90 (2001) 35-50.

9.- Cuestiones para el diálogo comunitario

- ¿Crees que tu comunidad ha acogido y vivido las transformaciones apuntadas? ¿Qué logros se pueden constatar? ¿Y qué deficiencias?
- ¿Crees que la comunidad en la que vives forma en todos los sentidos y aspectos un ambiente para la maduración de la vocación de sus miembros? ¿En qué aspectos sí y en cuales no?
- ¿Qué actitudes nos va a exigir a todos pasar a una situación de misión?